

PLIEGO

Vida Nueva

3.171.
28 DE MARZO -
3 DE ABRIL
DE 2020

Manuscrito de seda y hierro Siete miradas desde Jerusalén

VÍCTOR HERRERO DE MIGUEL, OFM^{Cap}



Jerusalén –imán que atrae con su misterio a peregrinos y viajeros de todos los ángulos del mundo– es más que una ciudad. Acariciadas por la luz, sus piedras milenarias son espejos en los que quien las mira descubre su verdadero rostro. Poetas, soldados, místicos, comerciantes, ladrones, santos... la humanidad entera, vestida con infinitos trajes diversos, ha transitado por las calles de la ciudad tres veces santa proclamando guerras y anhelando paz. Jerusalén, muchas veces destruida y vuelta a construir, pequeño laberinto que ofrece mil maneras de perderse, es casi una parábola de la condición humana. El lugar en el que pasó la última semana de su vida Jesús de Nazaret. Desde donde la resurrección se anunció a la tierra. El autor de este Pliego camina por Jerusalén mientras piensa, recuerda, sueña, mira y espera.



I

Hay una escena en el evangelio de Juan que siempre me ha intrigado. Y, en su interior, una frase. Se encuentra en la mitad del capítulo décimo y dice así:

“Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación y era invierno. Jesús paseaba en el templo, en el pórtico de Salomón”.

Y era invierno... Esta acotación temporal, inesperada y rezumante de misterio, añade al cuadro un tono de posibilidad infinita, de desarrollos múltiples. Jesús deambula resguardándose del frío y el lector siente que cualquier cosa puede pasar, cualquier encuentro o la soledad más íntima. Si leemos el texto en griego, el espacio se hace aún más abisal, pues el término que encontramos en esta lengua, χειμὼν, además de la estación

invernal, significa escarcha, frío, tormenta y, en un salto que provoca casi lo que el propio término expresa, sufrimiento.

Hoy soy yo el que pasea donde hace dos mil años lo hacía Jesús y, aunque de las columnas del pórtico ya no queda nada, siento en mi piel la cercanía de ese lejano invierno. Me muevo por el Haram esh-Sharif, el Monte del Templo, con la lentitud de quien va pasando las páginas de un manuscrito no tocado, poseído por

un temblor sereno que me permite estar atento a la sinfonía de detalles que puebla este lugar, como si de un rincón cualquiera pudiese aparecer la figura pensativa del Galileo.

Mis ojos encaran el reflejo dorado de las piedras, esta luminosidad de Jerusalén que es al tiempo velo y ofrenda, invitación al desciframiento de un enigma que el mismo exceso de luz se encarga de ocultar. Pienso en esta ciudad, en el aura que la cubre y en los escombros que han ido amontonándose en ella. Me viene a la memoria un cuento de **Borges** titulado *Del rigor en la ciencia*, que comienza de este modo:

“En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él”.

¿No es Jerusalén, modificando la alegoría borgiana, un imperio miniaturizado en un mapa, un cosmos del tamaño de una ciudad? ¿No es acaso cierto que la ciudad es un crisol en el que contemplarlo todo, un capitel hundido sobre el que descansa el mundo? Pienso, detenido en este ángulo de la explanada, apenas a unos metros de la mezquita de Al-Aqsa, en qué pensaría Jesús mientras paseaba por aquí, cuando esto era distinto a lo que es ahora, otro espacio –con un sentido diferente– emplazado en un mismo lugar.

Recuerdo un poema del *Cantar de los Cantares* en el que el amante compara una zona del cuerpo de la amada con la colina de la mirra y me doy cuenta de que, según la mágica conjunción entre símbolos y lugares, es justo allí donde me encuentro, donde paseaba Jesús: el monte Moria, donde la mirada de un niño se cruzó con los ojos de un ángel, y los ojos de un anciano hallaron la mirada temblorosa de un cordero.

Desde aquí, con la facilidad con la que alguien ve a quien vive en la casa vecina, veo la sombra fugitiva de

David, en las terrazas de la acrópolis jebusea, espiando a la mujer por cuyo amor quitó la vida a un hombre y de cuyo vientre recibió a un hijo cuyo nombre se asocia a un tumba, que diviso desde aquí, en caída vertical, y otro hijo, que amó a mujeres extranjeras y construyó santuarios a sus dioses: **Salomón**, el idólatra, el santo que levantó el gran templo en el lugar donde después **Mahoma**, en un sueño alado, subió al cielo.

Dice la cábala judía que fue aquí donde Dios pronunció las palabras creadoras y donde, recién creado por las manos divinas, fue dando el primer hombre el nombre exacto a cada uno de los seres. En esta altura de esta ciudad hundida en un valle, a la que solo se puede llegar subiendo, en este tablero roto donde se juega un ajedrez eterno, me pregunto: ¿existirá otro lugar así en la tierra, un espacio semejante donde lo imposible se abraza con lo cierto? ¿Habrán en las bibliotecas un libro parecido, un códice como este, de ternura y de violencia, un manuscrito como Jerusalén, de seda y hierro?

II

“Volví la mirada hacia otra parte de la tierra y vi allí un valle profundo con fuego ardiente”. Como si esta frase del *Libro de Henoc* fuera la brújula que orienta mis pasos, desciendo por el valle de Hinón hasta alcanzar el punto más bajo de Jerusalén. Es la antítesis total del Templo. Si este evoca el monte del Señor, el Hinón es símbolo del *sheol*, el inframundo, el reino de la muerte, la gran tumba universal en la que desembocan todos los sepulcros.

El Hinón, cuando pasa del hebreo al griego, da lugar a la Gehenna, y es aquí donde Jesús pone sus ojos para ubicar, en las profundidades malditas de la Ciudad Santa, a quienes carecen de misericordia, las serpientes sentadas en la cátedra de **Moisés**. Este es el umbral del infierno, aunque lo que ahora mismo veo –chicos jugando al fútbol, una mujer acariciando a un niño, jardineros que hablan entre ellos– apuntala más bien la idea de todo lo contrario: una apología de la bondad derramándose en gestos cotidianos.

En la Gehenna –donde cientos de años antes se quemaban niños vivos en ofrenda al dios Moloc y, en el siglo I, ardía la basura de Jerusalén–, Jesús ubica a quienes viven en lo más alto de la ciudad, indiferentes al destino de los más humildes. Me pregunto cómo miraría hoy Jesús el mundo, *el mundo herido*, como lo llama **Adam Zagajewski**, y al que el poeta polaco nos invita a alabar. Que Jesús fue sensible a los desgarrones de la vida es algo que ni el más minimalista de los que estudian su figura puede negar. Tampoco que el evangelio alcanza sus cimas más altas cuanto más hunde nuestras manos en la entraña de la tierra. Es la suya una levedad que soporta toneladas de dolor.

En este enclave de Jerusalén recuerdo algo que escribí cuando tenía dieciséis años y mis ojos, sin haber dado muchas vueltas en él, habían ya vislumbrado la miseria del mundo:

“Me niego a creer que somos hijos predilectos de un hermoso sueño de qué importa quién mientras haya una boca hambrienta, una mente ignorante, un cuerpo yacente en la sábana de la tierra, solitario”.

Entre aquel chaval de pelo largo y este hombre que ahora soy han pasado, como pasan en las vidas de todos, años de felicidad y angustia; el adolescente de entonces jamás habría dibujado en el lienzo de su imaginación la mirada de quien le estaba esperando en el futuro. Pero hay algo que permanece inmutable, una conciencia de fragilidad perenne que sigue latiendo en mí como ya lo hacía entonces.

Ahora sé lo que significan de verdad realidades que antes vislumbraba. He besado la frente muerta de personas que he querido. He estado en lugares míseros donde he sentido el deseo y la vergüenza de irme de allí. En los labios de alguien he leído la tristeza de pronunciar mi nombre. He amado y he hecho daño. No es mucho lo que en el fondo de mí ha cambiado desde entonces, pero ahora tengo palabras que antes no tenía, peanas sobre las que situar las estatuas mutiladas por el tiempo.

Me pregunto aquí, en este jardín tranquilo, en un mediodía de

» invierno, por el lenguaje de Jesús, por la relación entre su lenguaje y su vida. ¿Qué significó para él la aventura extraña de nombrar el mundo? ¿De dónde surge esa delicadeza, esa imantación verbal? ¿Y por qué en Jerusalén sus palabras se encallecen, adquieren una tonalidad mucho más oscura? Sus sílabas de sol aquí se vuelven negras.

Escribe el evangelista Lucas que “cuando se iba cumpliendo el tiempo de que se lo llevaran, afrontó decidido el viaje a Jerusalén” (Lc 9, 51). Al pie de la letra, en una expresión que es calco helénico de un modismo hebreo, lo que el texto dice es que *su rostro se endureció*. También su lenguaje en Jerusalén parece contagiarse de la dureza de la piedra. ¿Qué vio Jesús aquí? ¿Le arrastró quizás el torrente de sangre que la historia ha movido, y sigue moviendo, en la ciudad de David? ¿Descubrió en el palimpsesto de estas calles el mensaje de repetición, dramática y sin fin, del caos al que llamamos vida? ¿O susurró tu nombre –esa zarza que arde–, tu nombre, Dios que nos imantas con tu ausencia? ¿Lo susurró, llamándote, y Tú no respondiste nada?

III

Llevo un rato sentado en el suelo de esta sala. No son meses de turismo, así que puedo pensar tranquilo y, salvo la incursión de algunos peregrinos que no se detienen demasiado, estoy completamente solo. Sé que donde ahora piso no es donde él estuvo, conozco las dificultades que la arqueología plantea para ubicar en este espacio (cuya forma actual es resultado de ruinas y reconstrucciones) el lugar en el que Jesús parte el pan y se identifica con él. Pero, desde niño, estoy acostumbrado a refugiarme en los textos, a hacer de los tejidos de palabras otra piel. Por eso aquí, cerrando los ojos y recordando el evangelio, me encuentro de verdad allí, en donde sea que “aquel salón en el piso superior preparado con divanes” (Mc 14, 15) estuviera de verdad.

“Una quisiera ser un bálsamo derramado sobre tantas heridas”.

Esta es la frase que cierra los cuadernos de **Etty Hillesum**, esa mujer que en Auschwitz pedía a Dios recordar un verso cada día. La lectura de esta pensadora heterodoxa y lúcida y valiente me ha impresionado como pocas cosas en los últimos meses. Es cierto que existe la entrega, la metamorfosis del ego en bálsamo, el don de darse, la ofrenda. Quisiera saber cuántas metafísicas sesudamente elaboradas, puestas en la balanza, pesarían más que un gesto de amor. Sé que somos más y sé que somos también sombra, pero somos amor, y hay momentos en que siento la convicción invencible de que el amor que somos es la sal de nuestro ser.

Hay aquí un capitel que representa la alegoría del pelícano. Lo miro sin prisa. La imagen tallada por una mano anónima, quizás por eso, regala la serenidad que **Marguerite Yourcenar** decía que todos merecemos. Para los que lo hicieron, el ave es Cristo y las crías que en sus costados reciben su sangre como alimento somos nosotros, los que, sin saber por qué, transitamos esta calzada de tierra y sueños que es la vida.

No puedo no pensar en algunas personas que he conocido y en quienes he descubierto el arte de la entrega, como las jóvenes monjas que, en un barrio de La Habana, bañan y dan de comer a los enfermos mentales con los que viven, juegan con ellos y, evitando de este modo que sean muertos que alientan, pronuncian sus nombres con dignidad y amor. Aquel lugar se llama La Edad de Oro y allí, hace algunos años, comprendí la razón por la que la eucaristía es expresión y espera del tiempo que vendrá.

Acompañado por un grupito de religiosas y unos veinte hombres y mujeres que, con independencia de su edad, son siempre llamados niños, en el patio de aquella casa, tras una pequeña mesa de madera que servía como altar, pude ser testigo de una profecía del paraíso. Los niños –con sus parálisis cerebrales, sus cuerpos contrahechos y su lenguaje roto– empuñaban, como armas de aire, instrumentos musicales con los que acariciaban el cielo.

Recuerdo el momento de entonar el Gloria, ese himno de ángeles y pastores: quizás desde que se cantó

en los campos de Belén por vez primera, nunca como en aquella tarde de La Habana habrá inundado el mundo música tan pura. Las panderetas, las guitarras y bandurrias, los platillos y tambores de los niños sostenían la voz de las religiosas sobre un cimientito de oro, y todo aquello –en su lucidez, en su libertad radiante, en su ternura herida– conseguía por un instante explicarlo todo, ser regazo y refugio para todos.

Dice **Josep Maria Esquirol** que la necesidad consiste en comer y la necesidad elevada a deseo se cifra en querer hacerlo juntos. No sé si, mientras formulaba esta idea, el filósofo percibió que estaba tocando el sentido más profundo de la eucaristía, pero el caso es que aquí, en el Cenáculo, y recordando aquella tarde de La Habana, veo escrito sobre el capitel medieval el anhelo exacto de Jesús: transformar la necesidad en deseo, el esfuerzo en gracia.



IV

Jerusalén es un pequeño laberinto que regala hermosas maneras de perderse. El compás de los siglos ha ido trazando la forma de esta ciudad y lo ha hecho, en ocasiones, con una delicadeza exquisita. Hasta llegar a la plaza en la que estoy, he ido recorriendo muchas calles, y lo he hecho sabiendo que, sin saber por dónde iba, acabaría desembocando aquí. Camino por Jerusalén igual que buceo en el mar: seguro y confiado.

La primera vez que vine, hace ya muchos años, fue como estudiante de un curso de arqueología. Estuve aquí un mes recorriendo lugares y estudiando mapas y muros, pero tengo la sensación de haber pasado milenios (o apenas un instante) contemplando con asombro un rostro amenazador y bello. Desde entonces, en las muchas veces que he regresado, en los muchos

meses que en diferentes tiempos he estado aquí, no ha nacido en mí ni costumbre ni cansancio.

Son las doce de un día soleado de invierno y estoy en la plaza de la sinagoga Hurva, en el corazón del barrio judío, uno de los sitios modernos más bonitos de la ciudad. Una anciana vende flores. Unos chicos descargan refrescos de un camión y los reparten por los cuatro o cinco bares de la plaza. Lo miro todo con la indiferencia y la exactitud que regala el saberse no conocido por nadie.

De repente, un grupo de niños con la mochila al hombro inunda el espacio con sus carreras y sus juegos. Se parecen a una bandada de pichones escapados del palomar. Me gusta escuchar en sus labios el sonido del hebreo, reconocer en sus voces infantiles palabras cargadas de eternidad. A su paso, dejan en los adoquines un aroma a sumas y restas, a caramelos y a lápices de colores. Su presencia me distrae como lo hace la irrupción de la primavera, pero,

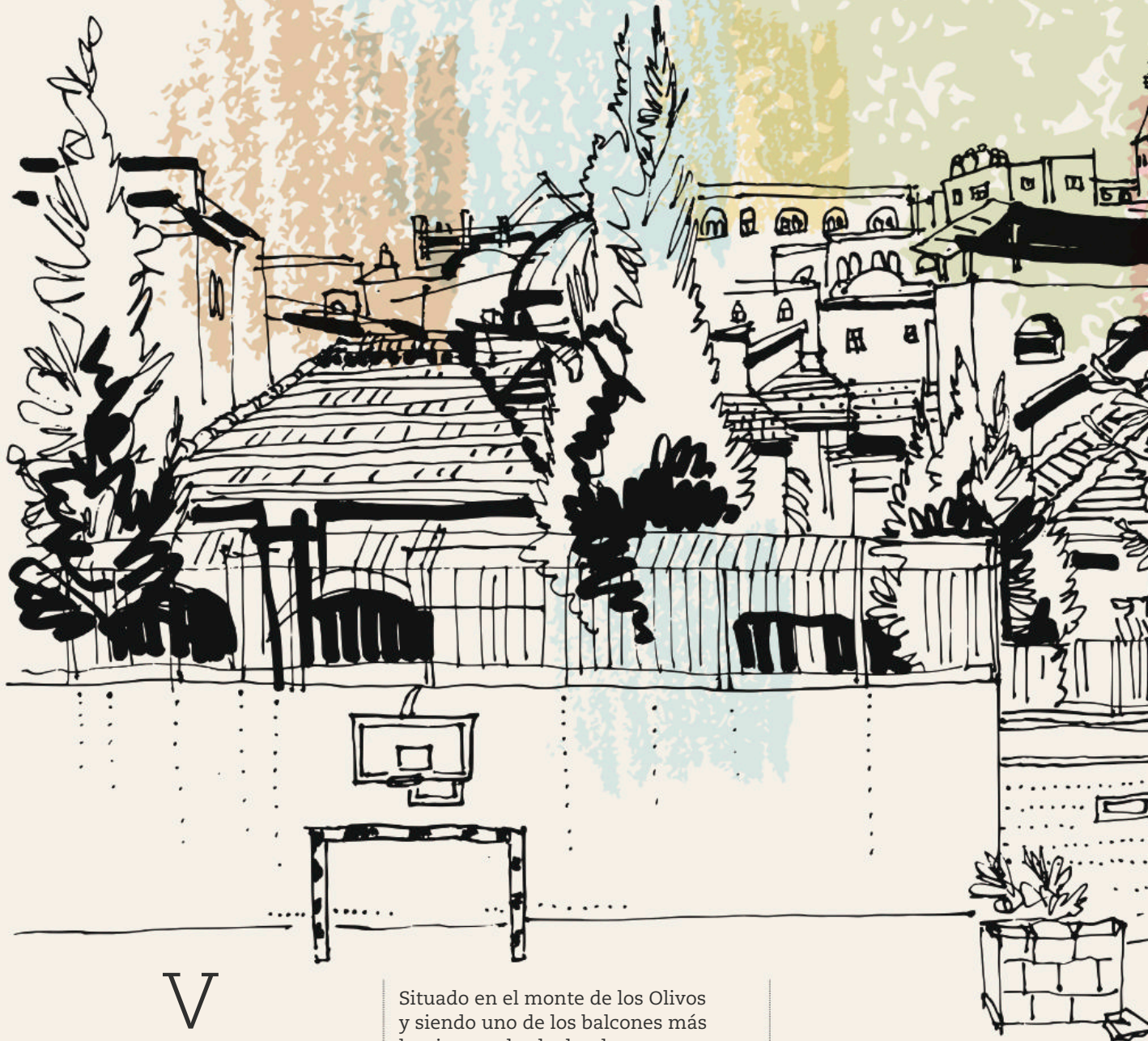
enseguida, me doy cuenta de algo maravilloso, un acontecimiento que me atrapa: uno de ellos, separado del resto, absorto en quién sabe qué ideas, bajo la sombra de un árbol dibuja algo con sus dedos en la arena. En la coronilla lleva una kipá, y la atención que presta al acto que realiza le confiere la dignidad de un sabio. Su figura y su acción me recuerdan a otro Maestro.

Jesús no dejó nada escrito y la única vez que le encontramos escribiendo es, como este niño, sobre el soporte de la tierra. Dos veces dice el capítulo ocho de Juan que Jesús se agacha y traza signos en el suelo. Frente a él, una mujer es acorralada por una horda de sabios que blanden, con piedras en las manos, su sentencia de muerte. La escena sucede en el Templo, a unos trescientos metros en línea recta de donde yo estoy ahora. ¡Cuántas páginas se han escrito, cuántos intentos de descifrar qué es lo que Jesús escribía!

La realidad es que la ciencia, con sus alas de cera, ha caído derretida aquí en el mar del misterio: no sabemos, la única vez que lo hizo, qué escribió Jesús. En esta escena del evangelio encontramos la lucha entre piedras y palabras, entre evidencia y secreto, y pienso si no es este mismo agónico combate el que se libra desde siempre en Jerusalén, si no es la oposición entre las piedras de los poderosos y las palabras de arena de un poeta aquello que, en el fondo, explica lo que sucede en el mundo entero.

No puedo evitar que la mente vuele, tal vez porque en la cercanía de los niños la imaginación se siente legitimada para volar. Jesús no escribió, pienso insistentemente, y antes de él hubo sabios y maestros que lo escribieron todo: **Homero**, **Platón**, **Horacio**, los autores de la Biblia hebrea, juristas, matemáticos ilustres y botánicos famosos, astrónomos, moralistas, dramaturgos, compiladores de leyendas antiguas y vates que pronosticaron el futuro, todos los que ligaron su nombre a un texto y todos los anónimos que escribieron o dictaron sus palabras para que un escriba las fijase en una piedra, en un junco o en la piel de un animal. Y Jesús garabateó una vez con sus dedos en la arena...





»

V

“Gota que muere evaporándose después de dejar testimonio: símbolo del dolor y de la intercesión”. Esta es la bella definición de “lágrima” que encontramos en el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier, una obra de colosal sabiduría escrita con la delicadeza de un poema. La aprendí de memoria hace años cuando, estudiando el libro de Job, tuve la oportunidad de asomarme desde el brocal estrecho de algunas palabras a la profundidad de su sentido. Y la recuerdo, una vez más, ahora, mirando esta lágrima de piedra donde me he resguardado tantas veces.

La iglesia del *Dominus Fleuit* custodia el recuerdo de un gesto de Jesús.

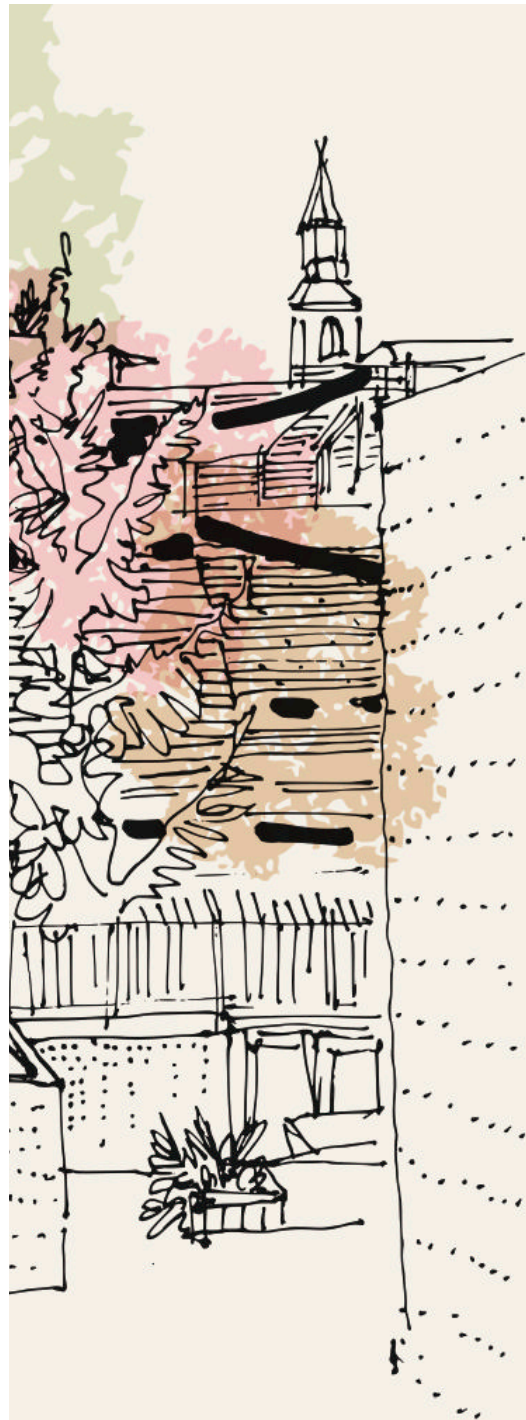
Situado en el monte de los Olivos y siendo uno de los balcones más luminosos desde donde asomarse a la ciudad, este templo moderno que se levanta sobre ruinas antiguas protege –en su nombre: *El Señor lloró*, y en su forma: una gota estilizada de llanto– las lágrimas de Jesús:

“Al acercarse, contemplando la ciudad rompió a llorar por ella. Y dijo: ‘Si también tú reconocieras hoy lo que conduce a la paz. Pero ahora está oculto a tus ojos’” (Lc 19, 41-42).

No sucede siempre, pues no siempre somos permeables al milagro del significado, pero, en este mismo instante en que escribo en mi libreta, miro Jerusalén al frente y siento que

cada una de las palabras de Jesús –ese hoy y ese ahora– impactan sobre las piedras y las piedras las reflejan, rebotan en la aspereza de los muros y, convertida la ciudad en un inmenso espejo que las recibe y las proyecta, alcanzan la totalidad del mundo.

Son tantas las cosas que me vienen a la mente, tantos los recuerdos y los rostros y las páginas, que tengo que imponerme algunos límites. Concentro mi atención en algo concreto, una realidad visible que contenga mi emoción, y es entonces cuando me fijo en ella: la puerta que, en el centro de la muralla este de la ciudad vieja, aguarda a que los justos,



junto al Juez Supremo, traspasen su umbral. Se trata de una entrada doblemente cerrada a la que los musulmanes denominan Puerta de la Misericordia y los judíos, siguiendo una tradición latina que hoy ya no rinde verdad a su apariencia externa, llaman la Puerta Dorada. Es –uno más en esta ciudad sin fondo para la leyenda– un lugar que ha dado pie a relatos y oraciones y esperanza.

Esta puerta tapiada está justo en frente del lugar donde escribo. Bajando la ladera, como una serpiente dormida, el torrente Cedrón marca la distancia entre el monte y la ciudad: es la vasija que

recoge el llanto de Jesús, el cauce que convierte en caudal su tristeza ¿Podrán sus lágrimas algún día horadar las piedras? Este portón, ¿será abierto por la llave de la paz?

Si miro con precisión geométrica y mantengo el equilibrio, puedo trazar entre mis ojos y la puerta una línea sobre la que caminar. Tal vez sea este el verdadero viaje a Jerusalén. Si el que estando aquí comprende el carácter *llorable* de la realidad –eso que escribió Virgilio de que hay lágrimas en las cosas–, si su mirada se atreve, como un acróbata, a ir sin red desde su corazón hasta la vida, es posible entonces que el que mira haya visto realmente algo, que quien ha venido hasta aquí esté –extraño prodigio en este mundo– donde de verdad está.

VI

El ave duerme en la rama. Vino en primavera, desde el norte, cuando el Jordán recibe el hielo de las cumbres y los *wadis* mueren turbios y violentos en el lago de sal. Desnudo, todo su cuerpo es rostro. El ave conoce los toboganes invisibles por los que el cielo se desliza. Los niños, las prostitutas y los lirios dejaban todo al verle. En su cátedra de hierba él cantaba. Había anidado en la risa de los pobres, esa catedral de viento. Con un poco de intemperie construyó una casa. Dicen que un hombre ciego dijo que olía a pan. Reveló la falsedad de todas las monedas, el sabor de la uva no pisada en el lagar, la belleza del deseo que adrede se demora. Su mirada abría los cerrojos que aún no habían sido puestos. El ave está varada en la madera. Su carne está crucificada. Su voz está crucificada. Y desde que pende de ella, la cruz late. No le veo, pero está.

Son las seis de la mañana. He venido hasta el Gólgota pensando en Galilea, he pensado que, en la cruz, él recordó las manos de su madre y aquel rincón desde donde la miraba cocinar. Que vio a **María** rodeada de palomas o con los pies dentro del río ensimismada en los saltos de los peces. He venido caminando oscuro por la ciudad desierta, iluminado por los ojos de Jesús, la luz del ave clavada en la rama de madera. A esta hora

del día todo es aquí silencio y soledad. Dentro de la basílica, el Gólgota conserva la sensación de periferia que este espacio tenía cuando sucedió todo. Entonces, fuera de las murallas de la ciudad; ahora, en un piso alto al que se accede por una incómoda escalera que nace en un ángulo escondido. El Gólgota revela los lugares ocultos de este mundo de apariencias.

Dice la leyenda que la sangre de Jesús cayó sobre el cráneo del primer hombre y, por eso, bajo el Gólgota está la Cueva de Adán, un espacio –convertido en oratorio por los cristianos– que fue llamado así para recordar el encuentro de Jesús con la criatura de barro. Imagino el descenso del ave a las profundidades, su tránsito por las cuevas del cosmos. El Gólgota es batiscafo para medir los abismos de la tierra.

La cruz que todos llevamos nos conduce hasta el Gólgota que a todos nos espera. ¡Qué amarga la copa de la mortalidad, qué brindis cruel que no se aparta de nuestra mano! Hace unos días, tras la desaparición de un ser querido, un amigo me escribía lo siguiente:

“Es terrible este mundo, no sé cómo podemos seguir en él sin sentir vergüenza. Sobrevivir a los que hemos amado nos transforma en traidores”.

Leo su mensaje en la pantalla de mi móvil, aquí, en el caleidoscopio del sufrimiento humano, junto a la roca de la muerte. Me vienen a la memoria las palabras de **Job**, su deseo de deshacer la vida, de ir desde el vientre de su madre hasta la tumba, desde el origen hasta el útero de sombras donde esperar dormido que algo pase. Son los cantos de sirena de la muerte. Es la muerte con su sinfonía de silencio y soledad.

En la roca que soportó la cruz donde murió el ave, en esta mañana en el Calvario, miro mucho y callo más. La luz entra despacio y temblorosa como una niña en su primer día de colegio. Pronuncia las palabras esenciales. Yo las oigo. Son los trazos de la luz en las tablillas del aire. Siento su calor en mis pies. Al entrar me he quitado las sandalias. No se puede estar calzado en el desierto. El pie ha de pisar desnudo esta arena helada junto a la zarza que arde. >>



VII

Llevo días contemplando una imagen. Desde que regresé de Jerusalén, donde un monje ortodoxo me habló de su existencia, he pasado muchos ratos observándola. Se trata de un fresco del siglo XIII que se encuentra en el Monasterio de Mileševa, cerca de la frontera entre Serbia y Montenegro. Durante varios siglos permaneció invisible, pues sobre él se pintó otra escena, pero unas labores de restauración, en el siglo pasado, devolvieron a la luz esta obra misteriosa.

La composición es simple. En el margen derecho, desde la perspectiva del espectador, dos mujeres, con posición corporal que denota sorpresa y miedo, observan muy juntas la figura que ocupa el centro de la escena: un ángel vestido de blanco sentado en una piedra. Ellas llevan ungüentos para ungir un cadáver y él indica algo con el dedo. El rostro de las mujeres contrasta con el del ángel: ellas le miran a él y en su mirada quedan transformadas en pregunta; él –con un trazo apenas perceptible– esboza algo semejante a una sonrisa.

Lo que me fascina del ángel blanco de la resurrección tiene que ver con sus alas y sus pies. El ala derecha, la más cercana a las mujeres, se extiende abierta hacia el cielo como si, recién llegado al sepulcro de Jesús, no hubiese tenido tiempo aún de acomodarse a los usos de la tierra. El ala izquierda, en cambio, la que coincide con la

dirección a la que apunta el dedo, está plegada. El ángel, sentado en una piedra grande y rosa, no llega con sus pies al suelo, y este hecho, junto al fondo de sus alas asimétricas, le confiere la imagen de un niño que se columpia en un balancín. Mientras las mujeres temen, el ángel juega.

He pasado muchas horas delante de la tumba de Jesús, donde la blancura del ángel la ocupa ahora el hábito de un oscuro pope griego y el temblor silente de las mujeres portadoras de mirra es remplazado por el murmullo de las miles de personas que se acercan hasta allí. He pasado tanto tiempo en ese lugar que creo que podría escribir un bestiario de los peregrinos y turistas que llegan a la Anástasis –la Resurrección, en griego–, ese espacio de la basílica donde se halla la tumba vacía de Jesús.

Si escribiera ese libro, o mejor aún, si fuese capaz de acompañarlo con dibujos, me centraría en las miradas de quienes salen del sepulcro. Hay una que no puedo olvidar: la de una niña de unos cinco años que abandonaba la Anástasis mordiendo un chupachús y que, apenas se vio libre de la presencia policial del monje griego, soltó la mano de su madre y empezó a corretear. En sus ojos –ahora lo veo claramente– brillaba la misma naturalidad, esa casi sorpresa ante la sorpresa del resto, que en los grandes ojos del ángel blanco. La resurrección es para ambos un parque para la risa y el juego.

Miro de nuevo al ángel blanco –cuyo rostro se me confunde ahora con el de la niña– y, a través de esa pista alada que es la memoria, viene

a verme una frase de Rilke. El poeta escribe en una de sus cartas que “a la verdad se llega hundiéndose a Dios en la vida y haciendo que la vida florezca elevándose hacia Dios”. Repito varias veces estas palabras y descubro que son exégesis de sus alas, de ese ala verticalmente abierta que enlaza al ángel con Dios, y del ala que se pliega y hunde a Dios en la tierra. ¿Qué pesa más –me pregunto–, y cuál es, por el contrario, más ligera: el ala lista para el vuelo o la otra ala, plegada en su costado, que hace del ángel una criatura con una vida semejante a la nuestra? ¿Qué extremo de esa línea ambigua que es el ángel orienta nuestro paso por el mundo? ¿Hacia dónde nos lleva?

Dentro de poco regresaré a Jerusalén. Estará cerca el final del verano. El fuego de la Pascua ortodoxa hará meses que habrá ido de mano en mano iluminando la ciudad. Los creyentes del islam habrán ya comido juntos el cordero. Y los judíos aguardarán la fiesta de las Tiendas. Caminaré muchas horas en solitario, disfrutando del olor de la lluvia mezclándose con el aroma de la menta, deteniéndome ante el rostro de los viejos, comprando algún libro de segunda mano en alguna de las librerías a las que siempre voy. En algún bar escribiré, como hago ahora, notas sobre este microcosmos infinito y me preguntaré en qué pensaba Jesús en el pórtico de Salomón, cuando paseaba solo y en silencio, aquel invierno en el que el ángel blanco sobrevolaba la ciudad. ●

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 123,95 € / UE: 185,64 € / OTROS PAÍSES: 178,50 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanuevadigital.com

Nombre y Apellidos:

Dirección: C.P.:

Población: Provincia: País:

CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC EDIT Y DISTRIBUIDORA, S.A.



C/ Impresores 2. Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

PPC tratará sus datos para gestionar su suscripción siendo la base legal para ese tratamiento la ejecución del contrato. Asimismo, salvo que indique lo contrario marcando esta casilla , da su consentimiento para el tratamiento por las entidades de grupo SM con la finalidad de enviarle comunicaciones de nuestros productos y servicios. Los datos, salvo obligación legal, no serán comunicados a otros terceros que no necesiten conocerlos para la gestión de la suscripción. Puede acceder, rectificar y suprimir los datos, y ejercitar otros derechos legales, dirigiéndose por escrito a nuestro Delegado de Protección de Datos. Para más información, consulte nuestra Política de Privacidad en <http://www.vidanuevadigital.com/politica-de-privacidad/>

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE CUENTA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

..... Banco o Caja:

Fecha: Firma: